

## ¡Cuidado con Camba!

Arcadi Espada

### I

No recuerdo con exactitud por qué y por quién empecé a leer a Julio Camba (Villanueva de Arosa, 1884 - Madrid, 1962). Desde luego, nunca estuvo en el canon de los autores de mi bachillerato y tampoco nadie me habló de él durante mi juventud lectora, marcada por los autores de irreprochable ética izquierdista. Dado el carácter de este libro, me gustaría decir que llegué hasta Camba a través de *Madrid. L'adveniment de la República*, donde aparece con honores de personaje. Pero aunque Josep Pla, el autor de este reportaje fundamental, ha sido, y seguramente lo será ya para siempre, mi más importante maestro de lecturas, no puedo asegurar que él fuera quien me llevó hasta la prosa del que fue su compañero en la gran época del periodismo español.

Así que un día, pongamos de hace diez o quince años, empecé a leer a Camba, comenzando por el volumen 654 de la colección Austral, que es obra suya y se titula *Sobre casi todo*. El primer artículo del libro, y el primero que yo leí del autor, trataba de la antropofagia. No hay duda de que el tema justificaba el carácter misceláneo que Camba había querido dar a su recuento. Tuve suerte: el artículo es una muestra perfecta y deslumbrante de su estilo. Una prueba de que discurriendo, aparentemente, por senderos de indiferencia discursiva, y hasta de banalidad, su autor llegaba hasta el corazón de las cosas, y una vez allí seguía impasible como un cuchillo hundiéndose en la mantequilla.

El artículo se titulaba explícitamente *Sobre la antropofagia* y, después de dar unos agradables rodeos en compañía de un amigo muerto de hambre que se hace vegetariano para paliarla, Camba terminaba:

Yo no prohibiría, por tanto, la matanza, como quieren prohibirla los vegetarianos; pero a todo el que matase a un ser cualquiera, ya fuese vaca, ya fuese presidiario, ya fuese legumbre —que la legumbre también vive—, le obligaría a comérselo, para demostrar que no lo había matado inútilmente. Y, a lo sumo, si en algún caso había circunstancias atenuantes, le permitiría al comensal que aderezara su víctima convenientemente, poniéndola, por ejemplo, a la bordelesa y acompañándolo de un vino embriagador.<sup>1</sup>

Supongo que fue en alguna relectura cuando tras este final despampanante eché un vistazo a la fecha de publicación: 1946. Entonces me dije para mis adentros, y por primera vez, ¡cuidado con Camba! El año de edición del libro no se corresponde con la fecha en que el artículo se escribió.<sup>2</sup> Pero eso yo no lo sabía

---

<sup>1</sup> Julio Camba, *Sobre casi todo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1971, pág. 11.

<sup>2</sup> La primera edición de *Sobre casi todo* es de 1928 (debo la atención sobre el dato a Pedro Ignacio López) y, naturalmente, el artículo debía de ser anterior. Sobre la confección de los libros de Camba, escribe Melchor Fernández Almagro: «Julio Camba reunió sus artículos en libros que el lector conoce, sin corregirlos y sin reducirlos con enlaces más o menos hábiles a la disciplina del tema [...]. Y hasta cabe decir más: el propio editor los seleccionaba y ordenaba, vista la resistencia de Julio Camba a realizar tan elemental tarea. Este fue el caso de Gregorio Martínez Sierra, director de *Renacimiento*, catador exquisito, como todos saben, de literatura y arte. El propio Camba cuenta, en el prefacio de su *Obras Completas*, que Martínez Sierra hubo de mandar un empleado a la Biblioteca Nacional para que copiase los artículos que pensaba recopilar» (Melchor Fernández Almagro, «La personalidad humana y literaria de Julio Camba», *Abc*, 28-II-1962). El testimonio de Melchor Fernández Almagro tiene bases sólidas. Pero no todos los libros de Camba se hicieron así. Entre los artículos que forman *Haciendo de República* y sus originales publicados en la prensa hay diferencias que indican que Camba los sometió a una corrección estilística más o menos profunda.

entonces. Imaginé la lectura del artículo en la España de 1946: se pasaba hambre suficiente como para que un carnívoro se pusiera en manos de vegetarianos: y sobre todo se mataban muchos presidiarios inútilmente. Cuidado con Camba.

Después de este primer libro leí su pariente *Sobre casi nada*. Uno y otro título me intrigan desde el primer día. Tanto, que han acabado convirtiéndose en el primer ejercicio de lectura que afrontan, año tras año, mis alumnos de Periodismo. Escribo *Sobre casi todo* en la pizarra, explico quién era Camba y cuál es el contexto del título, y les pregunto qué quiere decir lo que he escrito. A veces los alumnos dan respuestas muy imaginativas, todas ellas fundamentadas en el plano de la connotación. Pero nadie detecta la insinuación del subjuntivo, agazapado como la carta de Poe. Cuidado con Camba volví a decirme, pero ahora fijo y prendido por su estilo, al descubrir entre los dos títulos que de él había leído las idas y venidas de una desconcertante ironía. Una mañana me acerqué a la librería Austral que había entonces en Barcelona y dije que me pusieran todos los *camba* que tuviesen. Eran bastantes, los puse en fila, y los leí sin piedad.

Guardo una impresión nítida de aquellas primeras lecturas: había encontrado un clásico. Un clásico, para mí, es algo muy sencillo de explicar: se trata de un hombre al que se entiende y al que vale la pena entender. Para que esa doble circunstancia se produzca se precisa una escritura a medida del pensamiento, como quería Renard, una escritura clara como el agua y, como el agua, insípida e inodora. Y se precisa, desde luego, una cierta ingravidez, una cierta contemplación fuera del tiempo de los asuntos. Hay grandes escritores: pero en la escritura de muchos de ellos se aprecia hasta qué punto se embarraron en su tiempo. No es el caso de Camba: yo leía sus artículos sin preguntarme casi nunca qué circunstancias concretas los habían provocado y, contrariando mis aficiones, sin demasiada curiosidad por la biografía del hombre al que se debían. He tenido muy pocas experiencias lectoras como esta, en las que la autonomía del texto no fuera un *diktat* de la teoría literaria, sino una consecuencia natural de la lectura.

Para acabar de complicar más su ajenidad a un tiempo y a un lugar determinados, me daba cuenta de que la escritura de Camba no podía vincularse fácilmente a una influencia visible, y ni tan siquiera a una tradición. Por comodidad, y hasta por fanatismo, trazamos una línea que desde Cervantes hasta Juan Benet pasa por Cadalso, Larra y Baroja, y ahí colocamos a Camba. Es, desde luego, la mejor compañía de la literatura española, pero una vez satisfecho el afán taxonómico, la duda continúa: ¿de dónde sacó su escritura Camba? Ni siquiera podemos consolarnos con el lugar común de que la sacó de sí mismo. Esto podría aplicarse al segundo gran escritor de Villanueva de Arosa, don Ramón del Valle Inclán, que efectivamente la sacó de sí mismo (y de los diccionarios), y por eso su escritura tiene tan luengas barbas y caracolillos. O, incluso, para ponernos en el otro extremo estilístico, podría aplicarse a Azorín. Pero la cualidad más importante de Camba nada tiene que ver con el objetivo de hacerse un estilo, como quien se hace una casa. Dudo que hubiera dedicado a eso un solo minuto de su vida. Las frases de Camba parecen todas usadas. Usadas, claro, como se usa «La persiana es verde» y no como se usa «Las perlas de tu boca». Usadas, no copiadas. Esto:

El público no debe darse cuenta de que un autor escribe bien. Si se da cuenta es que, donde el autor ha querido poner tal o cual cosa, no ha puesto más que palabras; que ha carecido de precisión y de exactitud y, en resumen, que ha escrito mal.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Julio Camba, *Sobre casi nada*, Madrid, Espasa-Calpe, 1971, pág. 109.

Sospecho que Camba sacó su escritura de los periódicos. Según muchos de los que le conocieron fue lo único que leyó en su vida.<sup>4</sup> Pero con independencia de que añadiera a las noticias la sequedad geométrica de las novelas policíacas o la elegancia de algunos pocos escritores ingleses, como Chesterton o Thackeray, el estilo de Camba es eminentemente periodístico. *Periodístico* quiere decir:

—consciente de su formato (la helada perfección de las columnas de Camba tiene que ver con el hecho de que se desarrollen siempre en un formato dado)

—generalmente paratáctico (que permite la interrupción y la reanudación de la lectura, y aun la discriminación del interés de los párrafos, con mayor facilidad que en los períodos subordinados)

—léxicamente convencional (que utiliza las palabras del común de las gentes y no de cada uno de los gremios —filósofos, médicos, economistas, etc.— que se aíslan del estándar).

Camba, a diferencia de muchos otros articulistas de su época, y de nuestra época, no acudió a los periódicos para ejercer de literato *manqué*. Es decir, no se apostó en su rincón para hacer literatura, para que la gente dijera «¡Cuán escrito está!». Sus artículos no tienen esa voluntad de oasis. Camba, a diferencia, por ejemplo, del muy sobrevalorado González-Ruano, no pretendió traer la literatura —la presunta literatura— a los periódicos. Su operación fue más compleja: sometió el lenguaje del incipiente periodismo moderno a una prueba de laboratorio. Vino a decirse: qué les pasaría a estas palabras si se detuvieran a pensar un momento. Lo que les pasó fueron los artículos de Camba. Lo mismo con los hechos: muchos de los mejores artículos de Camba no son más que anodinos sucesos periodísticos puestos a pensar. Años después, uno de sus discípulos, el gallego Álvaro Ruibal, que firmaba con el pseudónimo *Ero* las columnas que escribió diariamente, y durante varias décadas, en *La Vanguardia*, explicitaría ese mecanismo anteponiendo a cada uno de sus artículos el invariable proemio (*De los periódicos*).

Al origen periodístico de la lengua de Camba hay que añadirle una última característica. Los periódicos que durante mucho tiempo leyó, y en especial durante su época de formación, fueron extranjeros.<sup>5</sup> No puedo asegurar que, en la prensa argentina, francesa, inglesa o alemana que Camba frecuentó en su juventud, el lenguaje periodístico moderno estuviese más desarrollado que en España. Aunque lo sospecho. También sospecho que Camba, el periodista español más auténticamente cosmopolita que conozco, no resultaría tan insólito en alguna de esa prensa, y que tal vez en alguna se le encontrarían influencias concretas, personalizadas. Pero todo eso necesitaría de estudios concretos, hasta hoy inéditos.<sup>6</sup> Yo

---

<sup>4</sup> Luis Calvo, que fue el director de *Abc*, alude en el prólogo a la edición de 1968 de *Haciendo de República* a la escasa afición lectora de Camba, reducida a las novelas policíacas y a determinados humoristas ingleses. Otros colegas dan noticia de lo mismo. Pero no Manuel Aznar, el que fue director de *El Sol* y de *La Vanguardia*: «Creo que en Julio Camba se nos frustró un gran crítico literario. Un crítico de sin par penetración. Su cultura era vastísima. Había leído mucho y meditado largamente sus lecturas. Más de una vez le escuché interpretaciones realmente originales a propósito de un escritor español, o inglés, o alemán, o francés. Su visión del mundo de las letras me pareció siempre de una extraordinaria novedad. Se lo decía: “¿Por qué no escribe eso mismo que me está explicando?”. Y contestaba apenas con un gesto, con una evasiva cuchufleta, o sentenciaba, no sin cierta acidez: “No vale la pena. Nada de esto le importa a nadie. Y, probablemente, tampoco nos importa a usted y a mí”» (Manuel Aznar, «Julio Camba, tal como le conocí», *Abc*, 28-II-1962).

<sup>5</sup> Entre 1897 y 1931 Camba vivió en Buenos Aires, París, Nueva York, Berlín y Londres.

<sup>6</sup> Entre los estudios sobre Camba cabe citar la tesis doctoral de Socorro Girón, *Julio Camba, escritor novecentista*, Ponce, 1981. (Edición facsímil de su tesis doctoral BN: H-A/72394); la comunicación de Pedro Ignacio López García, *El humor de la guerra y la guerra del humor: Julio Camba* (I Congreso Internacional sobre la Guerra Civil Española, Universidad San Pablo CEU, 1999), y la tesis doctoral de Almudena Revilla Guijarro, *Periodismo y literatura en la obra de Julio Camba*, Universidad Complutense, 1999 (T23021).

simplemente quiero anotar ahora algo escasamente científico, pero que me acompaña desde que comencé a tratarle: la sensación de que la lengua de Camba es el resultado de una traducción. Puede que algún fánático de la versión original se escandalice. Por mi parte solo tengo que añadir que la diferencia de valor entre lo autóctono y lo importado no depende de sus respectivas naturalezas. Depende de aquello que lo autóctono y lo importado propongan. Camba mismo, al margen de su lengua, es un hombre traducido. Felizmente, dado lo autóctono.

Ser un hombre traducido ha creado alguna confusión, incluso entre sus exégetas, que no rechazan como debieran el carácter de humorista que tradicionalmente se le atribuye. Cuenta Luis Calvo que un día Camba le dio esta respuesta a sus elogios: «Si quieres ser amigo mío, no vuelvas a llamarme humorista ni a decir que tengo sintaxis». Creo que su reproche era tan amigable como sincero y justo. Llamar a Camba *humorista* es colocarlo entre algunos colegas a los que probablemente admiraría y de los que seguramente aprendió: como Chesterton o como Thackeray. Entre los ingleses el *humour* identifica un rasgo de carácter nacional y, seguramente, un género literario. Pero en España, en el país del ceño fruncido, *humorista* quiere decir *menor*. En términos estrictamente españoles, debemos admitir, por supuesto, que en Camba hay humor. Pero también hay sintaxis, alta sintaxis, y no por ello le llamamos *sintáctico*.

Bien, lo que llevo escrito hasta aquí forma parte de algunas de las generalidades que puedo razonar sobre Camba, sobre su estilo y su encanto. Casi todas ellas pensadas antes de leer *Haciendo de República*.

## II

Una noche de hace tres o cuatro años el doctor Manuel Carreras, uno de los grandes bibliófilos catalanes, nos llevó a su casa, después de cenar, para mostrarnos algunos de sus últimos hallazgos. Cuando a la hora de las exhibiciones del fondo le pregunté por Camba me alargó, seguro de sí, la primera edición de *Haciendo de República*. No tenía la menor idea de que Camba hubiera escrito ese libro, del que hasta ahora existían solo dos ediciones: la primera, de Espasa-Calpe, de 1934, y una posterior, en Plus Ultra, de 1968, ya retiradas del mercado convencional, pero relativamente fáciles de hallar —sobre todo, la segunda— en librerías de lance.

El doctor debió de verme tan ávido que asumió el riesgo de prestarme el libro. Lo leí aquella misma noche y al día siguiente otra vez. Desconcertado. El libro era muy bueno. Aunque la ingravidez de Camba había desaparecido. En su lugar proliferaban datos biográficos muy concretos, nombres propios y, sobre todo, un apego extraño a lo que se contaba. El barro. ¡Así que era un hombre!, pensé. Y rematando, según la tradición: ¡Cuidado con Camba! Algún tiempo después comprobé que la pérdida de la ingravidez afectaba a este libro y a la inmensa mayoría de los artículos del período republicano no incluidos en él y, desde luego, a los que publicaría entre 1937 y 1938 en el diario *Abc* de Sevilla. Luego, la ingravidez retornaba hasta su muerte, en 1962. Es evidente que los días candentes de la tragedia española habían alterado su punto de vista y su estilo. Sin embargo, no me parece que *tragedia* sea el sustantivo decisivo. Lo que había alterado la imperturbabilidad de Camba era la esperanza:

Antes de la República yo vivía en paz y en gracia de Dios, ignorando generalmente quién era ministro de Estado o quién tenía a su cargo la cartera de Hacienda. Dado mi concepto general de la política no me

interesaban nada los detalles, y solo el cambio de régimen pudo vencer mi pesimismo, haciéndome seguir con cierta curiosidad la marcha de la cosa pública.<sup>7</sup>

Estas son las primeras palabras que escribió en este libro. «Solo el cambio de régimen pudo vencer mi pesimismo», dice Camba, dando cuenta del cambio trascendental que se ha producido en su vida y anticipando el radio de su decepción. Sus años de desinterés por la *res publica* tenían fundamentos ideológicos y temperamentales. Quizá Camba nunca dejó de ser el anarquista magistralmente descrito en *El destierro*<sup>8</sup> ni el que nítidamente confesara su credo ante el juez que lo interrogaba en 1906 por sus presuntas complicidades con Mateo Morral, el autor de un famoso atentado contra Alfonso XIII. Pero su desconfianza política ante el Estado, obligatoria en la España caciquil para cualquier hombre libre, entró en suspenso en 1931. Fue breve: pero tal vez por un instante creyó que el orden —un nuevo orden, inspirado, como en el caso de Gaziél, en el racionalismo republicano, en la alianza entre el placer y la razón de que había disfrutado, *in situ*, durante sus años franceses— era la condición de la libertad. Pocas semanas después de la proclamación de la República, Camba abandona Nueva York y se traslada a Madrid. Ya ha comprobado que algunos escritores e intelectuales de su generación ocupan diversos cargos políticos. Después de palpase concienzudamente, es probable que concluyera que la República no había contado con él. Desconozco las razones por las que habría de contar con un escritor muy independiente, que se había pasado gran parte de su vida fuera de España y que tenía un pasado, y acaso un presente, entusiásticamente vinculado con la anarquía. Pero si hemos de creer al propio autor, deberían haber contado con él:

Negarle a uno en estos momentos un cargo de embajador o de ministro plenipotenciario es tanto como negarle el pan, y yo creo que tengo un perfecto derecho para pedirle cuentas al Gobierno de la República. Yo también hablo varios idiomas. Yo también he escrito en *El Sol*. Yo también he frecuentado la tertulia del Regina. Y si a pesar de todo esto no se me concede una representación diplomática, lo menos que podría hacer el Sr. Lerroux, para dejar mi honor a cubierto, sería publicar una nota diciendo que el planeta no llega para todos, pero que yo no padezco de lepra ni estoy siquiera procesado por estafa. O bien diciendo que, como ya estoy en el extranjero, no hay ninguna necesidad de echarme...<sup>9</sup>

Con independencia de que Camba se sintiera decepcionado por la actitud de los gobernantes republicanos, lo cierto es que no respondió al desdén con el desdén. El Camba ingrátido habría permanecido en Nueva York, escasamente impresionado por la Aurora. Pero él vuelve. No es improbable que, dado su oficio, sintiera una curiosidad invencible, casi profesional, ante la posible construcción de una sociedad nueva; no es improbable, tampoco, que dada su condición de hombre libre retornara con esperanza. El Camba que exhibe su marginación, más parece una creación retórica que otra cosa: el recurso del que viene dispuesto a aplicar su lente de hielo a los gobernantes con la novedad de que, por primera vez en su historia de cronista, va a aplicarla sobre los suyos.

En cualquier caso, y al margen de cualquier proceso de intenciones, la violencia con que Camba juzga a los gobernantes de la República se parece mucho a la del que se siente traicionado. Sé bien —al final he buscado en su vida— que casi nunca tuvo el dinero que correspondía a su refinamiento y que tal vez pudo haber fantaseado con encontrar su lugar y su felicidad en un pequeño país ineficiente como ministro plenipotenciario de la República Española. Y que tal vez pensó en algún momento que la República iba a

---

<sup>7</sup> Julio Camba, *Haciendo de República*. Véase *Cuatro historias de la República*, pág. 549.

<sup>8</sup> Julio Camba, *El destierro*, Madrid, Magisterio Español, 1970.

<sup>9</sup> Julio Camba, «Diplomacia y literatura», *Abc*, 10-VI-1931.

proporcionar esta cordialidad a su edad madura y que reaccionó, ante la frustración, como un niño cruel. Pero la exhibición en primera línea de tan banales rencores hace sospechar que la traición fuese más honda y que, con su pudor habitual, Camba levantase una curiosa empalizada de agravios obscenamente personales. Tal vez la verdadera traición fuese esta:

Y lo peor es que antes [...] había siempre una solución, a la que se agarraban aun los más recalcitrantes: la República; pero ahora que tenemos la República, ahora ya no tenemos solución.<sup>10</sup>

No tendemos a creer en motivos como este para explicarnos determinadas actitudes humanas. Siempre nos parece más realista [sic] aludir a resentimientos vinculados con los más pequeños egoísmos de la supervivencia. La proliferación de este punto de vista me parece vinculado a la hegemonía de una subcultura de la denuncia, propiciada por las formas más soeces e inofensivas del periodismo. Pero no es momento, ahora, de seguir por ahí. Que Julio Camba escribía desde el resentimiento de no haber sido elegido por los patricios fue, durante los años republicanos, un lugar común de la prensa de izquierdas. Frecuentemente, Camba recogió ese guante, como cuando *El Socialista* le acusaba de tener que escribir contra la izquierda para no morir de hambre:

No creo que hasta el advenimiento del socialismo la pobreza haya sido considerada jamás en España como una condición abyecta; pero es que en España tampoco ha habido realmente burguesía hasta que el socialismo alcanzó su desarrollo actual [...].

En fin, de una manera o de otra, ello es que yo me veo obligado todavía a hacer artículos para vivir: pero el que yo haga artículos para vivir no le quita ningún valor a lo que diga en ellos de los socialistas. No es que yo tenga forzosamente que atacar a los socialistas, o que los artículos contra los socialistas se paguen con prima en mi periódico, como sería de razón. Nada de eso. A mí me produce lo mismo un artículo contra los socialistas que un artículo contra los marcianos; pero lo que ocurre es que los marcianos me molestan mucho menos que los marxistas.<sup>11</sup>

Sin embargo, y más allá del toma y daca, yo creo que la actitud de Camba ante la República es pareja al idealismo que le llevó a alistarse en los grupos anarquistas de Argentina, adonde llegó, con trece años, como polizón de un carguero. Se ha abusado de cierta imagen del Camba de posguerra, adormilado sobre un sillón del Palace —el hotel donde pasó los últimos años de su vida—, con la panza macerada en burdeos de contrabando, cínico y distante. Las imágenes finales de la vida suelen pesar demasiado en la decantación biográfica de los hombres. Así pasa también con Pla. Pero aun en la decadencia y manierismo de sus últimos años es difícil encontrar una línea escrita por Camba donde no se revele una nítida actitud moral y una voluntad de indagación sobre los problemas reales de los hombres. En este punto, su capacidad de persuasión es, además, muy poderosa. En uno de los artículos ontológicos de *Haciendo de República*, Camba narra el encuentro en el restaurante con un viejo amigo que ocupa un alto cargo, y como este, después de que Camba le diera cuenta de su apretada situación económica, le ofrece de sopetón, con la impagable frivolidad del poderoso reciente, una embajada que arregle sus males. Tras la narración del incidente, Camba escribe:

Y si rechacé el ofrecimiento —en el que, naturalmente, quizá no hubiese más que puro optimismo por parte de mi amigo, pero en el que podía haber también algo de base—, no fue porque a mí me amarguen los dulces,

---

<sup>10</sup> Julio Camba, *Haciendo de República*. Véase *Cuatro historias de la República*, pág. 565.

<sup>11</sup> Julio Camba, *Haciendo de República*. Véase *Cuatro historias de la República*, págs. 620-621.

lo que constituiría una depravación del gusto, sino, sencillamente, porque aquí donde ustedes me ven yo soy una de las pocas personas verdaderamente serias que hay en la República.<sup>12</sup>

Camba escribe eso y no hay un solo lector suyo que no le crea, que no confíe en su seriedad. Las pruebas acumuladas son numerosas: está toda su obra, desde luego; luego está el resto de artículos del libro y su amplia galería de retratos torcidos. Pero la acumulación de pruebas se da sin ir más lejos del propio párrafo. Por a/ la aceptación de que el nivel del ofrecimiento podría no estar al nivel del poder de su amigo. Por b/ el inmediato recordatorio de que a pesar de eso hay otros tipos de datos que harían razonable la posibilidad. Por c/ el reconocimiento de que una embajada lo haría feliz. La primera condición para que nos creamos a un hombre (y cualquier artista, se dedique a lo que se dedique, necesita que le creamos) es que las pruebas de convicción figuren con coherencia en el texto.

### III

La República hizo que Camba perdiera las formas. Suele suceder con lo que no nos es indiferente. La República y la *poularde demi-deuil* fueron lo único que le hizo perder las formas. Benjamín Jarnés acierta en su crítica de *Haciendo de República*:

Es un poco de sátira menor, puesta en desiguales artículos. Desiguales en más de una dimensión, porque hasta en eso ha perdido Camba el equilibrio. ¡Tenía una medida tan suya para cada partida de su sabroso juego!<sup>13</sup>

Jarnés acierta, pero es en lo único que acierta. Camba perdió las formas, es verdad: su geometría intacta se agrieta en algunos de sus artículos, hurtando el sentido de inexorabilidad que suelen tener todas y cada una de sus palabras. Pero el resto de sus argumentos críticos, educados y hasta cordiales, son erróneos. Jarnés hacía suyo un punto de vista muy común entre los republicanos: es cierto que el régimen comete errores, pero son errores menores, y la fragilidad de la República exige silenciarlos. No. No es cierto que el libro de Camba se sitúe «en el plano de los chismes», como dice Jarnés en otro lado de su crítica. No es cierto que los errores denunciados fuesen menores. Pero, sobre todo, y por encima de cualquier otra circunstancia, era precisamente la fragilidad de la República la que obligaba a denunciarlos.

Uno de los grandes y perdurables artículos de este libro lleva el nombre —satánico— de *Casas Viejas*. Es un artículo que empieza sin engañar a nadie:

Yo no me tengo por un hombre que se deje llevar demasiado de la sensiblería en cuestiones políticas [...]. No soy, por lo tanto, de esos ciudadanos que tan pronto la policía da una carga para reprimir un disturbio le llaman asesino al ministro de Gobernación [...].<sup>14</sup>

Después de esta advertencia, Camba muestra todo su horror por el suceso. Pero su artículo está lejos de ofrecer como interés esa peculiar *captatio benevolentiae* con la que intenta transmitir su horror. El artículo contiene una profunda lección política que, probablemente, no entendieron ni los socialistas que

---

<sup>12</sup> Julio Camba, *Haciendo de República*. Véase *Cuatro historias de la República*, pág. 592.

<sup>13</sup> Benjamín Jarnés, «Tiro al blanco», *Luz*, 25-VIII-1934.

<sup>14</sup> Julio Camba, *Haciendo de República*. Véase *Cuatro historias de la República*, pág. 645.

vituperaban a Camba, ni tampoco aquellos que dirigieron el ministerio del Interior a partir del año 1982 de nuestra era.

Se suprime la pena de muerte, dejando al Estado sin este medio de defensa; pero los gobernantes cuentan con la ley de guhas para defender sus cargos y seguir en el poder. De aquí el que los ministros españoles reduzcan en seguida todo movimiento revolucionario contra el Estado a los términos de una querrela particular contra ellos y lo afronten siempre con el mismo aire fanfarrón y jactancioso con que pudieran afrontar una cuestión personal. El Estado son ellos, igual que lo era Luis XIV, pero no porque ellos tengan de su función de ministros una idea semejante a la que tenía Luis XIV de su función de monarca, sino, sencillamente, porque no tienen acerca del Estado ni la menor idea.<sup>15</sup>

Es de este tipo de chismes que rebosa *Haciendo de República*. Un chiste tan nimio que, seguramente, está en la raíz de la Guerra Civil y de la derrota. En agosto de 1937, y como ocurre regularmente desde hace unos meses, Camba publica un artículo en el diario *Abc* de Sevilla, portavoz de la España franquista. La serie cumplirá los cuarenta y cuatro.<sup>16</sup> Son artículos más o menos embrutecidos por las circunstancias. Pero siguen siendo artículos, lo que es raro en una guerra. El 17 de agosto publica uno que se titula *La guerra y la revolución*. Seguramente es el mejor de la serie. Pero eso es lo de menos ahora. Si tiene interés, su premonitoria lucidez aparte, es por los vínculos que establece con el pasado.

La revolución es una juerga, una orgía, una bacanal que no tiene nada que ver con la guerra. Se tiran tiros. Se comen jamones. Se matan curas. Se lidia al buen burgués en las plazas de toros o se le unce a las norias campesinas. Corre el vino que es un gusto, y más aún que el vino, emborracha la sangre.<sup>17</sup>

Treinta años antes, exactamente treinta años, en sus memorias de los años y la anarquía de Buenos Aires, a las que seguramente adosó el sobrenombre de *novela* para evitar líos, decía sobre la revolución:

Una revolución es siempre una obra de arte. Ningún artista ha podido imaginar jamás una tragedia comparable a la Revolución Francesa [...]. La sociología puede ser antiartística mientras se desarrolla en libros, en discursos y en estatutos de sociedades obreras, pero cuando se lanza a la calle ya es otra cosa. La sangre lo ennoblece todo [...].<sup>18</sup>

El frenesí esteticista y nietzscheano<sup>19</sup> ha dado paso a los desvaríos goyescos. La revolución ya es solo un aquelarre: jamón, mucho jamón, curas muertos, y barraganas luciendo el pan de higos. Géricault o Delacroix le explicarían la revolución francesa al joven Camba. Pero ahora, de médium, solo tiene a Queipo de Llano. Es la diferencia. Y treinta años.

Este vínculo con el pasado es muy vistoso. Pero no es el más importante. En su artículo de guerra, y con habilidad suprema, Camba encara, y dice que verídicamente, sin simbolismos, el discurso franquista con el republicano.

El primero dicta:

---

<sup>15</sup> Julio Camba, *Haciendo de República*. Véase *Cuatro historias de la República*, pág. 646.

<sup>16</sup> Según los cálculos de Pedro Ignacio López García, contenidos en su magnífico trabajo sobre el Camba de la Guerra Civil.

<sup>17</sup> Julio Camba, «La guerra y la revolución», *Abc*, Sevilla, 19-VIII-1937.

<sup>18</sup> Julio Camba, *El destierro*, *op.cit.*, págs. 46-47.

<sup>19</sup> Rasgo observado justamente por Mario Parajón en su introducción a Julio Camba. *Esto, lo otro y lo de más allá*, Madrid, Cátedra, 1994.

«A tal hora despegarán tales patrullas. A tal otra despegarán tales otras. Tales aparatos vigilarán una elipse de tantas millas de eje menor y tantas de eje mayor».

El otro clama:

«¡Camaradas de todo el mundo! La democracia está en peligro. El fascismo nos amenaza desde fuera y desde dentro y es necesario que vengáis en nuestra ayuda. ¡Venid, hermanos rusos! ¡Venid, hermanos franceses! ¡Venid, hermanos checos, y hermanos polacos, y hermanos de todas partes!».

A la vista, Camba concluye:

La guerra, en fin, es lo clásico y la revolución lo romántico. Y como dos cosas tan opuestas y contradictorias es forzoso que se anulen recíprocamente, de ahí el que los rojos estén condenados de un modo irremisible a perder al mismo tiempo su revolución y su guerra.<sup>20</sup>

No era propaganda. La perdieron. Entre las principales razones de que la perdieran estaba Casas Viejas. No el suceso. El artículo de Camba. Su advertencia: los republicanos no saben lo que es un Estado. Él lo sabía: no en vano había sido anarquista. ¡Cuidado con Camba! Aun en plena guerra, aun en la Sevilla de Queipo, aun con un léxico trazado a bayoneta, hay en este artículo el eco, remoto, pero perceptible de un dolor. El de la República que no se hizo.

*Cuatro historias de la República*, por Julio Camba et al.,  
edición a cargo de Xavier Pericay, Destino, 2003

---

<sup>20</sup> Julio Camba, «La guerra y la revolución», *op.cit.*